

Presentación

Para María Zambrano, “el pensamiento no sucede a solas en la mente de quien lo acoge, a no ser que lo acoja sin que lo necesite” y sin embargo, añade, “ha sido una especie de imperativo de la filosofía, desde su origen mismo, el presentarse sola, prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser”¹. Este imperativo nace de una voluntad de claridad en virtud de la cual “la experiencia de la vida queda separada del pensamiento”; el filosofar zambraniano, movido también por una vocación de claridad y transparencia, “de ver, de mirar”², se dirige justamente a lo que la filosofía deja en la sombra tras haberlo consumido para sacarlo del silencio, para llevarlo a la luz. Al acompañarla en este trayecto van apareciendo figuras cuya presencia, acogida según el orden de la necesidad, alimenta el proceso del pensar y se encuentra tejida en él. Reparar en estas figuras, valorar el alcance de su presencia, discernir maestros y guías, interlocutores y mediaciones, “constelaciones”³ y coincidencias que se esclarecen recíprocamente⁴, constituye una tarea apasionante, ya iniciada.

Se trata, pues, de continuar una línea de investigación, en la que, aunque han aparecido ya trabajos de considerable importancia, las posibilidades de desarrollo son probablemente indefinidas. La decisión de acotar un ámbito, manteniendo la discusión en el terreno de la filosofía contemporánea, no responde sólo a un elemental imperativo de eficacia, sino al convencimiento de que una reflexión sobre este tema, que, a pesar de su amplitud, constituye un rasgo claramente identificable en el filosofar zambraniano, puede contribuir a la comprensión de su obra.

“Mas la filiación de un pensador o de un pensar no depende, como se sabe y se olvida, del conocimiento de los textos que, por otra parte, pueden haber sido conocidos un día y hundirse en el fondo creador de la memoria”⁵. Tal vez convenga tener muy en cuenta, desde el comienzo, esta observación de la autora. De sus palabras se desprende, como algo sabido y olvidado, una doble advertencia: el pensador tiene una filiación -el pensar “no sucede a solas”-, pero ésta se inscribe en una órbita que no tiene por qué ser la del conocimiento objetivo y objetivador, porque cuanto “ha necesitado para ser”,

¹ Zambrano, M. *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989.

² Zambrano, M. “A modo de autobiografía” en *Anthropos*, nº 70-71, 1987, p. 69.

³ Es el término utilizado por Jesús Moreno Sanz en su trabajo, imprescindible desde este punto de vista, “Guías y constelaciones” en *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, Madrid, Residencia de Estudiantes/Fundación María Zambrano, 2004, pp. 209-251.

⁴ En el sentido en el que Annarosa Buttarelli habla de la relación entre Edith Stein y María Zambrano y propone atender a su mutua mediación como fórmula hermenéutica en la Introducción a la obra colectiva, *La passività. Un tema filosófico-político in María Zambrano*, Milán, Bruno Mondadori, 2006, p. 6.

⁵ Zambrano, M. *Cartas de La Pièce (Correspondencia con Agustín Andreu)*, ed. de A. Andreu, Valencia, Pre-textos/Universidad Politécnica de Valencia, 2002, p. 271. La autora escribe esta observación comentando la no documentada relación entre Antonio Machado y Plotino, en el texto titulado “Un pensador”, que envía a A. Andreu el 3 de agosto de 1975.

la experiencia que es su fondo invisible e impensado, se hunde en la memoria, alimentando, sin embargo, su fuerza creadora.

Las grandes cuestiones en torno a cómo influyen en Zambrano algunos autores que protagonizan la filosofía del siglo XX, cómo los lee y qué coincidencias pueden encontrarse entre ellos, se han enfocado en distintas perspectivas que dan lugar a diferentes posibilidades de interpretación.

Tal vez no sea accidental la existencia, sin embargo, de motivos recurrentes: la relevancia del planteamiento fenomenológico en la configuración del marco teórico y del tema del sueño; la necesidad de afinar en la determinación de influencias y sintonías, profundizando en la investigación de las relaciones

efectivas; la preocupación, en fin, por localizar el gesto personal de la autora en el que se cifra el sentido de su aportación. La pretensión, en todo caso, de estos trabajos es abordar sus escritos dirigiendo la mirada a esos autores, contemporáneos suyos, que de una manera u otra han quedado incorporados a su experiencia intelectual y constituyen el fondo del que su pensamiento se alimenta. La importancia decisiva que en el trayecto zambraniano adquiere el “exilio” como momento articulador ha motivado la introducción de dos enfoques de esta cuestión que, desde posiciones teóricas claramente específicas –sustentadas en el testimonio personal y en el análisis de sus escritos-, contribuyen al esclarecimiento del horizonte de su obra.

Carmen Revilla